

LA IMAGEN MARGINAL DEL PADRE EN LA FAMILIA POPULAR

- Existe una tendencia a generalizar una imagen negativa asociada a la figura del padre de la familia popular. Si como profesionales queremos contribuir a establecer una relación más igualitaria en la distribución de poder entre los sexos, es necesario conocer la *otra cara de la medalla*.

Se han realizado diversos estudios acerca de la familia popular en Chile, caracterizando sus condiciones de vida y la forma cómo condicionan su dinámica interna.

Todos ellos destacan la centralidad de la pobreza y los perniciosos efectos que genera.

Otra de las características comunes en estos estudios es la importancia que asignan al papel de la madre en la familia. Paralelamente, el rol del padre no es destacado o, más aún, es caracterizado negativamente. Esta diversa valoración de los géneros en la díada parental se observa también en los programas de acción social que se desarrollan en sectores populares. En la gran mayoría de ellos, las protagonistas son las madres y se destacan los problemas que se presentan cuando se quiere trabajar con los padres, y lo difícil que es comprometerlos en un esfuerzo de cambio orientado a desempeñar en mejor forma sus responsabilidades familiares.

A continuación, se presentarán en forma sintética los rasgos principales que configuran esta imagen negativa.

Nidia Aylwin.

Asistente Social, docente de la Escuela de Trabajo Social de la P. Universidad Católica de Chile.

LA FIGURA DEL PADRE

Como se señaló anteriormente, la imagen del padre en la familia popular que emerge de la literatura y de la acción social, aparece desdibujada y

connotada en forma ambivalente y negativa en torno a cuatro rasgos centrales: ausencia, irresponsabilidad, violencia y debilidad.

- En relación a la **ausencia** del padre, el problema central que se destaca no es el horario destinado al trabajo. En la investigación de González y Moro (1991), los padres dedican al trabajo un promedio de diez horas diarias, jornada que se extiende en alta proporción a los sábados y en algunos casos a los domingos. Esta ausencia dedicada al trabajo es validada, e incluso deseada, por la mujer, la que reclama en cambio por las continuas salidas del padre en horas en que no está trabajando, dejándola sola a cargo de las tareas familiares. Estas salidas se asocian con frecuencia a episodios de alcoholismo e infidelidad y son fuente de frecuentes conflictos conyugales en la familia popular.

Se señala también la poca colaboración del

padre -durante las horas que permanece en la casa- en el ámbito del trabajo doméstico y de la crianza y educación de los hijos, incluso en los casos en que la mujer trabaja en forma remunerada fuera del hogar. En la investigación citada, las únicas tareas domésticas que el padre asume en forma mayoritaria son reparar y mantener la vivienda, arreglar los artefactos eléctricos y cerrar puertas y ventanas en la noche.

De esta manera, el padre, aun cuando se encuentre presente físicamente, está ausente como recurso para asumir la mayoría de las tareas cotidianas del hogar. De esta forma, su presencia se transforma en un aumento de la carga de trabajo y en una menor libertad para la mujer, la cual debe atenderlo y estar sujeta a su control.

• La **irresponsabilidad** es una característica frecuentemente asignada al hombre, por el incumplimiento del rol masculino de proveedor de los ingresos necesarios para la satisfacción de las necesidades de la familia. Aun cuando se reconoce que el desempleo, la inestabilidad laboral y la escasez de los ingresos, afectan el cumplimiento de esta función, se destaca que el hombre con frecuencia hace pocos esfuerzos o descansa en la mujer para la provisión de los ingresos familiares. Otras veces, derrocha parte importante del ingreso obtenido y no lo aporta a su familia.

Se extiende la irresponsabilidad del hombre al dominio de la crianza y educación de los hijos, tarea de la cual tradicionalmente se desentiende, por considerar que es propia de la mujer.

Una forma de irresponsabilidad especialmente significativa en la cultura latinoamericana, es la negativa del hombre a asumir su paternidad. Esta conducta de desconocimiento y abandono de los hijos origina que un 33,5% de los niños nazca ilegítimo en el país (Muñoz et al, 1992).

Otra forma específica que asume la irresponsabilidad masculina, y que afecta la estabilidad de las relaciones de pareja, es la infidelidad, que es más frecuente y radical en el hombre que en la mujer.

«Una forma de irresponsabilidad especialmente significativa en la cultura latinoamericana, es la negativa del hombre a asumir su paternidad».

Finalmente, la irresponsabilidad se manifiesta en el abandono de la familia, ya sea por razones económicas, infidelidad o conflictos familiares. En estos casos, lo habitual es que el hombre se desentienda de su obligación de continuar manteniendo el hogar; la

mujer queda sola a cargo de él o inicia una convivencia que le permita mantener y educar a sus hijos.

• La **violencia** es una conducta excesivamente agresiva, a través de la cual el hombre busca manifestar y mantener su posición de poder en la familia. Considerando la posición extremadamente subordinada que tienen la mayoría de los

hombres de estrato popular en su trabajo, se entiende que busquen mantener la posición privilegiada que la socialización patriarcal les asigna en la familia. Y con frecuencia lo hacen tratando de imponer su poder de manera autoritaria, recurriendo a la violencia.

Esta se ejerce sobre la mujer y sobre los hijos a través de golpes, maltratos y gritos. Tipos especiales de violencia lo constituyen la violencia sexual ejercida sobre la mujer y el incesto, en el caso de las hijas.

Los estudios coinciden en señalar que las personas que usan la violencia han sido socializadas en este tipo de conducta en su familia de origen, y la reproducen luego en su propia familia.

Con frecuencia, los episodios de violencia están asociados al alcoholismo.

• Respecto a la **debilidad**, podemos decir que el incumplimiento de las obligaciones del padre genera una disminución de su autoridad dentro de la familia. A mayor irresponsabilidad, menor es el respeto que se le tiene y la importancia de su papel dentro del hogar también disminuye. Las fallas en el desempeño de su rol instrumental presentan al padre como un «ser débil, irresponsable y disminuido frente a la mujer (y posiblemente los hijos), ya que es ella quien asume la responsabilidad de alimentar, educar y dirigir el hogar» (Alvarez, 1982).

En el caso de los hombres violentos, ellos se imponen por el temor, pero su autoridad moral queda debilitada. La familia se une en torno a la madre y uti-

liza estrategias defensivas, entre las cuales ocultar información es una de las más frecuentes. De este modo, el padre violento se va convirtiendo en un ser odiado y marginal, que utiliza la agresión para ocultar la debilidad de su posición en la familia. Kaztman (1991) señala que sería el desgaste de las bases de la autoridad del padre lo que lo induce a tratar de imponer su voluntad de manera autoritaria, generando de ese modo una sinergia negativa que conduce al deterioro progresivo de la legitimidad de un poder que va quedando desnudo de moral.

El padre también aparece débil y necesitado de ayuda en el momento de enfrentar situaciones de emergencia y de tensión, como la cesantía o la enfermedad de la madre y al tener que reemplazarla en las tareas domésticas. Esta debilidad se hace aún mayor al contrastarla con la fortaleza de la madre. En estas condiciones, este padre no sería apoyo ni recurso de ningún tipo para la familia, sino que más bien constituiría un peso o un lastre. En ocasiones, sólo se le mantiene como figura decorativa hacia el exterior, ya que se supone que al existir un hombre como jefe de hogar, la familia será más respetada en el vecindario o población.

Estos cuatro rasgos que conforman la imagen negativa del padre en la familia popular parecerían mantenerse, e incluso incrementarse, en la actualidad. En un estudio exploratorio sobre percepción de roles sexuales entre adolescentes campesinos en la VII Región, realizado recientemente (Fernández et al, 1992), los jóvenes de ambos sexos entrevistados consideran que el hombre es hoy menos formal y menos machista, pero más irresponsable, más infiel y menos hogareño que en el pasado. El cambio del hombre es connotado negativamente por estos adolescentes: «el hombre ha cambiado para mal».

IMAGEN V/S REALIDAD

¿Corresponde esta imagen a la realidad? La pre-

gunta no pretende negar los antecedentes aportados ni desconocer la negatividad asociada a la figura del padre, sino que apunta a señalar el sesgo que ella tiene y la generalización que de ella se hace, al aplicarla indistintamente a todos los padres de la familia popular.

Existen dos grandes factores que contribuyen a producir sesgos en los estudios de familia y que es necesario tener en cuenta: el **contexto** en que se desarrollan y los **datos** en que se basan.

En relación al **contexto**, influyen poderosamente los factores económicos y los cambios socioculturales de los cuales la familia está formando parte.

El interés por el estudio de la familia popular se desarrolla en el país a partir de la preocupación social por el fenómeno de la pobreza, y el carácter agudo y masivo que ella asume, como consecuencia de la crisis económica y del cambio de modelo económico implementado. Como es sabido, el impacto mayor del crecimiento de la pobreza incidió en la familia popular y su principal manifestación fue el aumento del

desempleo que afectó a los jefes de hogar. El dramático empobrecimiento de los hogares llevó a la mujer a incorporarse al trabajo asalariado, generando un cambio en el desempeño tradicional de los roles sexuales e incrementando su poder al interior de la familia.

Skewes (1985) señala que este cambio genera una crisis familiar en la cual el principal damnificado parece ser el hombre: su autoimagen, su dignidad, su poder, su respetabilidad y su sentido vital se ven menoscabados por una estructura que le niega el acceso al mundo del trabajo. El ascenso de la mujer, para este autor, se da «en un contexto esencialmente destructivo: su imagen se restaura cobrando como precio la destrucción de la imagen del hombre y con ello la destrucción de la sana convivencia familiar» (pp.39).

Asociada a este proceso generado por la crisis eco-

«La violencia se ejerce sobre la mujer y sobre los hijos a través de golpes, maltratos y gritos. Tipos especiales de violencia lo constituyen la violencia sexual ejercida sobre la mujer y el incesto, en el caso de las hijas».

nómica, se observa una creciente toma de conciencia de la condición deteriorada de la mujer en la sociedad y se desarrollan diversas iniciativas orientadas a impulsar cambios para el logro de un status más equilibrado con el del hombre, que abarcan desde las iniciativas legales hasta el trabajo educativo con mujeres. A nivel internacional, diversos organismos de cooperación económica apoyan programas e investigaciones que se focalizan en la mujer, predominantemente en la mujer popular.

Los cambios económicos y socioculturales condicionan, por lo tanto, poderosamente el contexto en el cual se desarrollan los estudios sobre la familia popular, contribuyendo a que éstos se focalicen en las familias de extrema pobreza en un período de máximo deterioro del papel del padre y destaquen la imagen fuerte y central de la mujer.

Los datos en los cuales generalmente se basan estos estudios han sido construidos a través de encuestas o entrevistas hechas a mujeres del sector popular, dada la dificultad existente para entrevistar a los hombres. La imagen del padre que ellos reconocen reproduce, por tanto, la percepción que las madres de la familia popular tienen acerca de los padres y no incluye la percepción de éstos. Esta característica constituye el principal sesgo de esos estudios.

Esta imagen del hombre, construida en forma claramente parcial, se asume como la verdad y se la generaliza a todos o a la gran mayoría de los padres de la familia popular, los que son caracterizados en función de ella.

Como consecuencia, poner el acento en las fallas del padre nos impide tener una visión menos sesgada y más

positiva de su desempeño. El 33,5% de niños que tienen un padre irresponsable nos impide ver el 76,5% de niños que tienen un padre responsable en cuanto al reconocimiento de su paternidad.

Se nos escapa así la «normalidad». El hecho que la diferenciación de roles sexuales al interior de

las familias populares sea predominantemente rígida y poco igualitaria -influenciada como vimos por factores culturales, como el tradicionalismo, el autoritarismo y el machismo- no conlleva necesariamente la irresponsabilidad, la violencia y la debilidad. El sistema tradicional de roles sexuales está internalizado como parte de la cultura, y muchas familias lo asumen con naturalidad. Otras se adaptan con mayores o menores tensiones, que no ponen en peligro su estabilidad, a los cambios que se están produciendo en el desempeño de los roles sexuales.

A pesar de sus dificultades de subsistencia, en las familias pobres investigadas por Seguel y otras (1989), «más del 80% de las madres califican sus relaciones de pareja y sus relaciones familiares, en general, como normales o buenas. Una gran proporción reporta, además, un alto grado de acuerdo entre los cónyuges en materia de crianza de los hijos». Señalando que en estas mismas familias sólo el 5% de los padres asume un rol activo en la crianza de los hijos, las investigadoras concluyen con otros estudios que las expectativas e imágenes que tiene la mujer popular de lo que es una vida familiar satisfactoria, son distintas a las que podrían predecirse desde otros sistemas culturales.

Con respecto a la violencia, ésta también está pautada culturalmente y se trasmite de generación en generación. Los padres que usan la violencia han sido anteriormente víctimas de ella en sus familias de origen (Aylwin et al, 1990). De allí que la violencia no puede ser asignada sólo al padre. En la investigación de Seguel, citada anteriormente, la mitad de las madres valoran el castigo físico como medio eficaz de

control conductual de sus hijos y lo aplican con distinta frecuencia: el 50% en casos de desobediencia, 24% en episodios de enuresis y 15% frente al rechazo a las comidas.

Sabemos que estos rasgos son expresión de la cultura patriarcal y que, de una u otra forma, están

«El hecho que la diferenciación de roles sexuales al interior de las familias populares sea predominantemente rígida y poco igualitaria, no conlleva necesariamente la irresponsabilidad, la violencia y la debilidad».

presentes en todos los estratos sociales. Así, por ejemplo, la irresponsabilidad del padre está pautada culturalmente por generaciones y no es sólo atributo del sector popular. Es probable que sus raíces históricas se encuentren en el mestizaje y en el abandono masivo que los españoles hacían de los hijos engendrados en las mujeres indígenas. En la cultura latinoamericana, este abandono da origen a la búsqueda del padre, realidad que pueden testimoniar los trabajadores sociales y los jueces de menores y de la cual da cuenta con especial fuerza la literatura. Vemos así que en el desarrollo de la imagen negativa del padre influye poderosamente la cultura machista y el papel que ella le asigna al hombre, quien lo reproduce cotidianamente y, más aún, con la colaboración de la mujer, la mayoría de las cuales contribuye a reforzarlo. En este contexto, los roles sexuales tradicionales, que son complementarios, son reforzados mutuamente. Esta complementariedad se hace poco evidente en las investigaciones cuando éstas asumen una sola de las perspectivas, ya sea la del hombre o la de la mujer.

IMPLICANCIAS PARA LA PRACTICA

Reconociendo los antecedentes objetivos existentes para conformar una imagen negativa del padre en la familia popular, podríamos llegar a algunas conclusiones:

-Se atribuye a todos los padres de las familias populares características que sólo se manifiestan en parte de ellos.

- Se atribuye exclusivamente al padre de la familia popular rasgos propios de la cultura patriarcal que están presentes en todas las clases sociales.

Como consecuencia de lo anterior, los programas y políticas que se relacionan con la familia tienden, con frecuencia, a centrarse en la madre y en cierta forma descartan al padre, contribuyendo así a reforzar el papel marginal que se le ha asignado.

«Los programas y políticas que se relacionan con la familia tienden a centrarse en la madre y descartan al padre, contribuyendo a reforzar el papel marginal que se le ha asignado».

La imagen negativa del padre ha impregnado también la percepción de los profesionales que trabajan con la familia popular; es uno de los factores por los cuales se le considera tan poco en los programas sociales. Es un hecho que se realizan mínimos esfuerzos por integrarlos, descansándose sólo en las madres.

Esta es una constante que se da en la mayoría de los servicios públicos y privados. Quienes se interesan por el futuro de la familia popular, deben reflexionar sobre las consecuencias de esta situación que esteriliza de partida cualquier esfuerzo de cambio.

Deben realizarse dos esfuerzos adicionales. El primero, para reforzar una

concepción interaccional de los roles sexuales, que permita entender el juego de reciprocidades que en ellos se dan y cómo cualquier cambio que se impulse en el rol del padre implica y exige cambios en el rol de la madre, y viceversa.

El segundo, para acceder al mundo del padre, al conocimiento de sus percepciones y de su visión de la realidad familiar.

Conoceremos así *la otra cara de la medalla*, que hasta ahora ha estado oculta tras el estereotipo, y estaremos en mejores condiciones para apoyar a la familia popular en sus esfuerzos por establecer una relación más igualitaria en la distribución de poder entre los sexos.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Alvarez, María de la Luz: Deprivación y familia, Editorial Universitaria, Santiago, 1982.
- Aylwin, Nidia et al: Entre el hogar y la calle, UNICEF, Santiago, 1990.
- Aywin, Nidia - Solé, Isabel: Percepción del rol paterno en familias de estrato bajo con hijos que hacen abandono de hogar, Documento de trabajo, Escuela de Trabajo Social, Universidad Católica de Chile, 1989.

-
- Fernández, Paula et al: El mundo de la mujer es la casa y la casa del hombre es el mundo ¿Verdadero o falso?, Memoria de Título, Escuela de Trabajo Social, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1992.
 - González, Gladys - Moro Alejandra: El rol desempeñado por el hombre en familias pobres urbanas, Memoria de Título, Escuela de Trabajo Social, Universidad Católica de Chile, 1992.
 - Kaztman, Rubén: ¿Por qué los hombres son tan irresponsables?, Taller de Trabajo Familia, Desarrollo y Dinámica de Población en América Latina y el Caribe, CEPAL, CELADE, Santiago, 1991.
 - Muñoz, Mónica et al: Chile en familia, UNICEF, Santiago, 1991.
 - Raczynski, Dagmar - Serrano, Claudia: Vivir la pobreza, CIEPLAN, Santiago, 1985.
 - Seguel, Ximena et al: Más allá de la sobrevivencia, UNICEF-CEDEP, Santiago, 1989.
 - Skewes, Juan Carlos: La familia, Documento de Trabajo N° 3, Vicaría Zona Oeste, Santiago, 1985.
 - Vives, Cristián: Crisis en la familia popular y su visión de futuro, Depto. de Investigaciones Sociológicas, Centro Belarmino, Santiago, 1983.